

Moratín en Londres *

I

Este es un libro singular. De unos apuntes sin más pretensión que la de ser minutas para el recuerdo, se ha levantado un sólido edificio. Mejor aún, un edificio que da vida a lo que son notas inconexas y las convierte en categoría histórica. Este es, me apresuro a decirlo, un gran libro y, sin embargo, todo se ha inventado para que pueda existir. Porque mucho mérito tiene leer media docena de palabras en latín, español, francés, italiano e inglés y encontrar que son cimiento de una estructura muy bien trabada y harto compleja. Y no va a la zaga, en cuanto a méritos se refiere, darnos la vida de un español de excepción en un ambiente singular y trazar la topografía de una ciudad, la historia de un país, la vida de una sociedad, la política interna de una nación, sus relaciones exteriores, y cuantas circunstancias hagan falta para enmarcar en la realidad esas sombras fugitivas que son unas palabras deslavazadas y unas vinculaciones cuya existencia nos hubiera parecido más que problemática. Porque Ortiz Armengol se ha metido dentro de un hombre llamado Leandro Fernández de Moratín y cuenta lo que aquel melancólico personaje debiera habernos contado, pero con una proyección que hoy poseemos, y que en 1792-1793 no existía. Tenemos esos leños sobre los que se

(*) Comentarios al libro de Pedro Ortiz Armengol, *El año que vivió Moratín en Inglaterra, 1792-1793*. Edit. Castalia. Madrid, 1986.

proyecta un hombre, pero la perspectiva ha hecho que el tapiz o el telón de fondo no sean una pintura plana, sino la urbe populosa con sus calles y sus plazas, sus tabernas y sus clubs, sus museos y sus teatros, sus prostíbulos y sus templos. Aún esto no basta, porque faltan los hombres y las mujeres, y, como cualquier ciudad que habitamos nosotros, y en estos días en que nos toca vivir, hay hombres de mil calañas y condiciones, y mil mujeres de presencias reposadas o huidizas. Algo que no es Moratín, pero que sin Moratín no existiría; algo que existió de un cierto modo precisamente para que la vida de don Leandro fuera ésta que ahora sabemos y no otra. Al llegar a este punto se me preguntará: ¿es un año de la vida del escritor? Y tendré que responder con un sí rotundo, pero de inmediato, debo rectificarme: no es la biografía de un hombre, sino otra cosa. ¿La vida de Londres en esos doce meses? Diré que sí, pero no. Es la sincronía que un filme nos narra, pero es además la diacronía de un relato histórico. Entonces mi posible interlocutor continuará preguntando: ¿son unas memorias o un libro de viajes? Y seguiré con mis aporías: una y otra cosa y ambas a la vez. Pero, ¿qué clase de libro es éste? Empezaré por el principio: es una larguísima investigación en torno a un año en la vida de Moratín y en torno a Londres. Lo he dicho ya: lo que un español de excepción debería habernos contado de una ciudad difícilísima en un momento histórico de especial significado. Pero esto me sitúa ante algo que para mí puede servir para seguir indigando claridades: pienso en una mujer excepcional, Madame de Staël que, desde su realidad francesa escribe *De l'Allemagne*. Madame de Staël vive de 1766 a 1817, don Leandro de 1760 a 1828; son, pues, rigurosamente coetáneos. La visión que una y otro pudieran aprehender del mundo y de los hombres tendría no pocas concomitancias, más aún si pensamos en el galicismo cultural de nuestro escritor. No insisto, pero me pregunto: ¿cómo veía una escritora francesa los libros escritos por gentes de un gran pueblo, hartamente diferente del suyo? La respuesta está en el *Préface* de la obra a la que acabo de hacer mención: «Los alemanes cometen el error frecuente de poner en la conversación aquello que sólo conviene a los libros; los franceses cometen en ocasiones el error de poner en los libros lo que no convie-

ne sino en las conversaciones». Con reparos y cautelas, tenemos aquí algo que puede aclarar nuestro propósito: éste es un libro que difiere de los alemanes y de los franceses, porque se dice todo lo que consta en el desenfado de las tertulias y lo que se medita en el rigor de los tratados. Sin querer, y de la mano de sombras excelsas, acabamos de encontrar una caracterización: es éste un libro español porque el desenfado asoma cuando debe y la austeridad científica no nos desasiste nunca. Tan lejos de la pesadez como de la frivolidad. Aquello que es necesario cuando la materia lo exige. La caracterización nos ha llevado a la definición: tenemos un pedazo de vida. Pero entendámonos, la vida no es el deambular solitario de un personaje, sino el trenzado de ese caminar con mil retazos de otras vidas que infieren sobre ella y los mil ambientes en los que los seres se mueven y las mil circunstancias que los constriñen, y el propio corazón con sus firmezas y sus incertidumbres.

Después de todo resulta fácil. Fácil de entender, que no de hacer. Biografía e historia, urbanismo y crítica literaria, vida social y ciencia, todo aquello que fue urdiendo la trama de una vida singular, aunque el hombre que la vivió muchas veces no supiera lo que estaba viviendo: perdido en pequeñeces e incapaz de captar los grandes hechos, pero ¿no es ésto lo que le ocurre a cada uno desde que el mundo es mundo? Y, sin embargo, tales limitaciones tenían otra mayor: aquel hombre no podía comunicarse en una lengua que le parecía —y con razón— endiablada, y tenía que apoyarse en amigos o buscar tercerías lingüísticas. Lo que ciertamente, es no pequeña servidumbre, pero en ella, desde nuestra lejanía, encontramos grandes ventajas. En Londres, Moratín era un perfecto desconocido: nada podía hacer para salir de ese anonimato en el que vivía y del que estaba imposibilitado de evadirse. En Francia había visto escenas horribles y las había entendido; trató a Goldoni y pudo comunicarse con él porque para eso tenía su buen francés, su buen italiano. Pero ¿en Londres? Apuntaba con prisas las cosas que veía, pero no las contaba; se las decía a sí mismo. Y aquel personaje que en Francia hubiera sido un conocido «homme de lettres» o que en España hubie-

ra dado una imagen para la admiración, ahora era algo así como un estudiantillo retrasado. Y, cuanto él perdió en sus relaciones, lo hemos ganado nosotros en autenticidad y en intimidad. Moratín no ha necesitado ocultar lo que pensaba ni adoptar gestos para disfrazarse. Está aquí con sus limitaciones y con sus miserias, humanísimo en todo y perdido en un ambiente que le puede. El historiador de hoy ha dado sentido a lo que en las notas no eran sino palabras inconexas y sabemos todo lo que Moratín, acaso, hubiera querido contarnos pero que nunca nos hubiera podido contar. Y doscientos años después podemos hablarle para que tenga sentido lo que él anotó y nunca desarrolló. Para que tenga sentido todo lo que él nunca hubiera aprendido por muchas diligencias que hubiera puesto y por muchas horas que hubiera pasado en las bibliotecas. Porque la historia necesita lejanía y unos medios que él aún no tenía, ni tuvo cuando era bibliotecario del rey José. Ahora nosotros tenemos proyección y orden en el trabajo. Necesitamos decidarnos a llevar la investigación a buen fin. También esto es fácil, pero hace falta hacerlo. Si tan sencillo fuera, ¡cuánto sabríamos de todo! Y sin embargo... Ha sido necesario que Ortiz Armengol fuera generoso de su tiempo y de su talento para que Moratín y su circunstancia pudieran revivir como criaturas cercanas a nosotros. Vamos a verlo.

II

Ese mismo año de 1793 en que Moratín pasa unos meses en Londres, un personaje importante, Hans Ottokar Reichard, editó en Weimar unas guías para visitar unos cuantos países de Europa: Italia, España, Portugal, Alemania, Austria, Checoslovaquia, Bélgica, Suiza, Rusia, Polonia, Curlandia o provincias bálticas de Rusia, Hungría y Constantinopla. Util nos hubiera sido poseer la guía de Inglaterra, pero esa guía no se publicó entonces, ni en 1810, cuando editó la de Francia, o en 1828, cuando hizo la de París. Nos quedamos en 1793 dispuestos a viajar con Moratín, pues no en vano el consejero del duque de Altenburgo buscó al conde de Berchtold y le hizo redactar unas *Observations générales et pratiques sur les voya-*

ges con las que se abre un libro que es de conocimiento indispensable para cualquier viajero: los *Conseils aux touristes*. Ahora podemos saber el por qué y el cómo de estas anotaciones. El espíritu del siglo se transparenta en unas pocas líneas iniciales:

On ne peut parvenir à terminer une entreprise sans en avoir fait les dispositions préalables. Tout jeune homme qui a conçu le projet de voyager, soit pour sa propre instruction, pour le bien de la société, ou principalement pour augmenter la prospérité de sa patrie, ne peut espérer d'atteindre a son but, s'il n'a pas acquis les connaissances préliminaires avant d'entreprendre une tâche aussi pénible.

Cierto que si hiciéramos caso a las recomendaciones que Berchtold nos hace, es posible que nadie viajara. Para él en cada país haría falta conocer la legislación, la historia natural, la mineralogía, la metalurgia, la química, las matemáticas, la mecánica, la hidrostática, la hidráulica, la arquitectura, la óptica y mil otras disciplinas sin ignorar las lenguas, el dibujo o el arte de nadar. Ciertas son las conveniencias, pero imposibles de llevar consigo y don Leandro no es una excepción: sabe unas cosas e ignora otras, pero con tantas luces y sombras como queramos, ahí están esas páginas del *Diario* que nos van a puntear unos días de mayo de 1792 en que parte hacia París hasta esas otras de agosto del 93 en que abandona Inglaterra. Veintiséis páginas, incluídas las notas de Andioc, que se convierten en las cuatrocientas de Ortiz Armengol. Y, en ellas, los horrores de la revolución: en Burdeos ve pasear por las calles las cabezas de dos sacerdotes decapitados (15 de julio), en París su pánico aumenta; escribe el 10 de agosto: «Tuilleries ataque, massacre Esguizarii, ego pavor / cum Chabanot, rue San Antonio y Boulevard, têtes in lanzas, pavor». El 16 de agosto decide huír, va a buscar su pasaporte y el 23 se escapa. Cuando el 26 deja las costas francesas, aún escribe: «embarquéme in Paquebot, pavor terribilis». Un día después estaba en Londres.

Moratín ha buscado en Inglaterra una tranquilidad que en

Francia no existía, y ha practicado esos dieciochescos anhelos de viajar e instruirse. Desde el siglo XIII nuestra literatura lo viene repitiendo: sólo tiene plenitud el hombre que ha corrido muchas tierras, porque el trato con otros hombres y el conocimiento de otras culturas enriquece el espíritu del peregrino e impide que las sombras lo encierren en soledades. Qué duda cabe que viajar no es un alocado ir y venir, sino la necesidad de aumentar los propios conocimientos y comunicarlos generosamente a los demás; por eso valen tanto los viajes cuan grande es la calidad de quien los vive. Lo sabían Apolonio y Cervantes, y lo sabe Moratín. Lo que Francia no podía darle en 1792 fue a encontrarlo en Inglaterra y, al acabar su estancia, quiere seguir viajando para aprender y para enseñar después. Entonces escribe a Carlos IV y a Godoy; sus palabras coinciden con las del conde de Berchtold y merecen ser transcritas: «en el año pasado de 1792 —dice al rey— salió de España con ánimo de correr varias Cortes extranjeras y adquirir toda aquella instrucción que proporcionan los viajes, supuesta la solidez de principios con que se emprehenden». Así lo ha procurado hasta ahora, y después de haber residido nueve meses en Inglaterra, donde, habiendo aprendido el idioma inglés, se ha procurado por este medio conocimientos muy importantes, particularmente en las Ciencias y Bellas Letras que profesa». El 28 de septiembre de 1793, desde Bolonia, escribe a Godoy otra carta en la que resume lo que podía contarse de su estancia en Londres y su paso por Bélgica, Alemania, Suiza y el reposo italiano. La carta es importante por todo, incluida la petición de un puesto para sus conocimientos, pero Moratín tenía razón en justificar su viaje. Tenemos esas referencias a Joseph Townsend que nos son muy importantes; cierto que don Leandro se aburrió en la visita del 2 de mayo, pero una cosa es la «pesanteur Anglica» y otra el fruto que se puede sacar de tantas preocupaciones. Ponz había publicado el *Viage fuera de España* (1785) bien conocido por Moratín y, en 1791, Townsend editó su *Journey through Spain in the Years 1786 and 1787*. Ponz y Townsend se conocieron y Moratín, de la mano de su amigo Gimbernat, fue a visitar al clérigo inglés en Southampton. Larga fue la entrevista, que duró hasta las once de la noche, pero nada despreciable. Es testimonio de ese cosmo-

politismo que acreditan los hombres del siglo XVIII y que nos hace pensar en otros ilustres viajeros españoles. Moratín escuchó y oyó hablar de muchas cosas, y, ahora, en los apuntes del día 3, se nos despejan no pocas sombras («chez Townsend omnes: cum il, in coche, ad fábrica ex Motones de alfombras y tornos de seda») que aclara en los extensos comentarios de la apuntación 8: la fábrica de motones o garruchas de navíos, las sierras movidas por agua, las bombas aspirantes de dos válvulas, los hornos para preparar la tablazón de los barcos, las fábricas de alfombras o los tornos para la seda... Resulta que este hombre que se aburría una tarde, al día siguiente dibuja los ingenios que pueden ser útiles. Es el enciclopedismo dieciochesco que hará escribir a Jovellanos un *Proyecto de fabricación de gorros tunecinos*, a Viera y Clavijo el *Modo de renovar los sombreros viejos* o a Mor de Fuentes *Las ventajas del rastrillo para sembrar*. ¡Cuán cerca de aquellos consejos de Berchtold a los turistas!:

Celui qui voyage ne doit pas oublier en visitant les manufactures de s'informer, s'il le peut, du temps de leur établissement, du degré de leur accroissement, ou de leur décadence; par ce moyen il se mettra à même de juger de l'état actuel de l'industrie dans ce país.

De même il doit faire en forte de connoître le goût particulier, etc. propre à chaque manufacture, soit pour aider à perfectionner celles de sa patrie ou pour favoriser l'étendue de leur commerce.

Moratín ha viajado y ha tratado de aprender. El didactismo está en la base de cualquier anhelo dieciochesco y pienso en Luzán: nueve lustros antes (1747) de estas andanzas, don Juan Ignacio estuvo en París y de los días pasados en la capital francesa salió un librito de mucha enseñanza y no poca doctrina, las *Memorias literarias de París: actual estado y methodo de sus estudios* (1751), tan llenas ya de preocupaciones españolas. Don José de Viera y Clavijo hizo un largo viaje y escribió las noticias de cuanto vio y le interesó en su *Diario e itinerario de mi viaje a Francia y a Flandes [...] por los años de 1777 y 1778*: describe iglesias, palacios, sitios reales, colegios, parlamentos, academias, bibliotecas..., asistió a juntas de las Acade-

mias francesas, siguió cursos de física experimental, de química y de historia natural... Y luego escribió su *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, tan lleno de enseñanzas y doctrina, de curiosidades y saber humanístico, de aplicaciones técnicas y patriotismo. «Viajar por viajar es error, es ser vagabundo; viajar por instruirse es todavía un objeto demasiado vago; la instrucción que no tiene un fin concreto, no es nada», es máxima de Rousseau que el bueno de Berchtold ha transcrito. Pero su valor está en otra que figura en ese apéndice de consejos:

Tandis qu'un Français court chez les artistes d'un pays, qu'un Anglois en fait dessiner quelque *Antique*, et qu'un Allemand porte son *Album* chez tous les savans, l'Espagnol étudie en silence le gouvernement, les moeurs, la police; et il est le seul des quatre, qui, de retour chez lui, rapporte, de ce qu'il a vu, quelque remarque utile a son pays.

Ojalá sea cierto. Pero he hablado de grandes escritores (Luzán, Viera, Moratín) que se interesaron por muchas cosas con las que podían mejorar las propias. España había perdido el pulso histórico y trataba de recuperarlo en las andanzas de estos y otros hijos suyos. Ahí seguimos y quisiéramos que esto fuera algo que muchas veces se denigra, patriotismo.

III

Esas veintitantas páginas son el testimonio de un hombre, pero el hombre no está ahí, sin fondos y sin engarces. El gran mérito de este libro, que tantos tiene, es situarnos a Moratín en su ambiente y, al colocarlo como criatura viva ante nuestros ojos, Ortiz Armengol recoge la vida que lo hace ser personaje español, personaje histórico y personaje social. Opuesto tanto a las simplificaciones de manual como a las diluciones antropológicas. Estamos con un hombre, al que conocemos por su significado en nuestra cultura y del que sabemos su conducta pública, pero del que ignorábamos no pocas cosas. Ahora ya no es un autor de clase, fosilizado en sus grandes aciertos, sino

un ser que vive con todas las grandezas y miserias del vivir, inquieto e indiferente, alegre y triste, seguro y vacilante. Algo que no nos dan los retratos que enaltecen ni los trazos de carbón que inmovilizan los gestos. Este Moratín de Armengol es una presencia que da continuidad a la historia; porque sabemos de sus pasos, de estos y de otros, conocemos las gentes con las que trata y hasta convive íntimamente y un día todo son desapariciones irreparables. El libro tiene el corte de una novela clásica que necesita un larguísimo *Y después*, porque todo queda en un final suspendido. Moratín viaja por Europa, regresa a España, es afrancesado, muere en el exilio. Lo que cualquier manual cuenta, pero ¿y Pellicer? ¿Y el cónsul Las Heras? ¿Y el marqués del Campo? ¿Y Carlos Gimbernat? ¿Y tantos y tantos personajes o personajillos que han saltado al *Diario*, han hecho un gesto y han desaparecido en el gran teatro del mundo? Don Leandro es un ser de carne y hueso que nos habla de hombres, de ambientes, de paisajes, de ideas. Entonces estos apresurados apuntes cobran una inusitada proyección; son la circunstancia de un insigne escritor, pero son, también, el ambiente preciso y limitado en el que deambulan unos pasos. Desde estos menudos quehaceres asoma —desasistida y angustiada— nuestra historia grande. Veamos cómo en la ingente miseria del vivir este hombre se enfrenta con los grandes hechos. Estamos en el 19 de enero de 1793 y los acontecimientos del día le merecen una anotación relativamente larga, mucho más larga que la mayoría de estas notas apresuradas:

Chez Gimbernat; cum il Lugo ad Crown and ancre tavern, ubi banquete libertas typographiae, declamaciones, manger, cachetes, etc.; chez Gimbernat; cum il, Covent Garden; in coche, cum quaedam meretrix chez illa; ego vinum, Gimbernat rester ad futtutionem.

Estas cinco líneas son la síntesis de la vida de este hombre: horas y horas pasadas en cafés y tabernas, inquietud por los problemas sociales, teatros y prostíbulos. No constan otras dos incesantes actividades: pasear por las calles, que era afición favorita, y el trabajo, pero sabemos de todo ello; mil veces encontramos la palabra *calles* en el *Diario* y un mes atrás

(justamente el 14 de diciembre) anotó: «*Tuteur finitus*». Pero no es esto lo que ahora me interesa, Lugo es uno de sus amigos canarios, y sobre ello volveré; la reunión de la taberna de *La Corona y el Ancla* es fundamental: se discutió la libertad de imprenta, aunque acabó como el rosario de la Aurora. Sabemos muy bien ahora lo que fue aquel mitin, cómo se desarrolló y los oradores que participaron. Ortiz Armengol ha escrito esclarecedoras páginas que tienen carácter definitivo y en ellas seguimos: libertad de prensa, peroratas de Payne, de Erskine, de Sheridan y un censor español que tachó lo que le pareció inconveniente. Este fue «el gran día» de Londres y en él grandezas y miserias, ambiciones y limitaciones de ser hombre.

Pero si unas líneas han servido para suscitar un gran problema cuya solución sería una de las mayores conquistas de la modernidad, un nombre nos trae a la realidad española. El siglo XVIII fue un gran siglo para las Islas Canarias y las gentes del Archipiélago representarían no pocos papeles en el drama de nuestra historia, como aquel *Clavijo* de Beaumarchais y Goethe o aquel don Bernardo Iriarte que tuvo que rendir Madrid a Napoleón. No son accidentes. Y lo que el *Diario* refleja no es otra cosa que la realidad española: ahora es Lugo, antes lo fue don Juan Cologan, el irlandés de Tenerife, que pertenecía a una familia relevante en la vida económica y cultural de las Islas. Y esto nos lleva a la historia, desastrosa como otras muchas, de los vinos insulares que tanto prestigio tuvieron en la Inglaterra elisabethiana hasta que en el siglo XVIII las malvasías insulares se arruinaron por razones en las que la política internacional tuvo, y no poco, que ver. Pero quedó el eco del Falstaff shakespeariano y las cuentas áulicas para pagar unos caldos que eran estimados por los ingleses. Los eruditos insulares se han preocupado por aclarar estos extremos y Viera dejó en su *Diccionario* una bellísima página dedicada a la malvasía y la evocación nostálgica de un esplendor perdido para siempre: «En Europa pasó la moda de este licor, y faltando ya el gran despacho que tenía, se fabrica ahora muy poco». La moda fueron unos tratados impuestos en beneficio de los vinos portugueses y la ruina, una más entre

tantas, de una parcela de nuestra economía. Lo que don José de Viera no sabía, o no quiso decir, pertenece ya a la historia. Y estas páginas de don Leandro han trascendido su propia circunstancia personal que son los tratos con unas u otras gentes, sus paseos o sus intereses, pero que se convierten en bienes de todos cuando alcanzan las altas cumbres de la creación literaria o son la intrahistoria que permite entender la Historia a secas. Al concluir este libro, Ortiz Armengol lo ha dicho con palabras que a finales del siglo XVIII fueron la conciencia de una ruina irremediable y hoy, doscientos años pasados, sentimos nuestros, aún y vivos, aquellos dolores: «Al resumir las vidas de estas gentes podríamos ver cómo se resumen las de aquellas sociedades humanas que ellas forman: la llamada Inglaterra iba a alzarse hacia el poder máximo, la llamada Francia se transformaría profundamente para rehacerse, una y otra vez, sobre su gran plataforma geográfica. Se deshacería España para proseguir siendo otra cosa, ya muy distinta y con otros horizontes».

IV

El viajero se nos ha convertido en testimonio de una inesperada historia; al huir de Francia sabía de qué y por qué huía, pero al llegar a Inglaterra ignoraba qué pudiera encontrar. Perdió un gran momento de convulsiones sociales y vino a encontrar una realidad mucho más amable; pudo haber sido historiador y renunció; vemos ahora a Moratín convertido en cronista de hechos menudos. Sin embargo, hoy sabemos que son estos los que acaban haciendo a la gran historia. Cualquiera de nosotros piensa en *Azorín* o en Unamuno, y con ello nos basta. Las anotaciones del *Diario*, además, nos han devuelto a un hombre que, demasiado adscrito a las esquematizaciones de los manuales, cobra ahora su cabal sentido. Líneas escritas al desgaire han servido para ilustrar al hombre. Pienso en su amigo Goya. Bien poco hace se publicó el *Cartulario* del gran pintor. ¡Qué imagen desazonante, qué falso cuánto sabíamos, qué desenfado cuando los grandes motivos dejaban de apesadumbrarle! Goya distinto porque es Goya, no la carátula o el

gesto hierático con que se sale al retablo de la vida. Y otro tanto debemos decir de este Moratín desentrañado por los eruditos y que sólo ahora cobra su total sentido. El matrimonio Andioc fue benemérito entre todos los moratinianos; era necesario desenredar la madeja tal y como ellos hicieron, pero quedaba la gran tarea de dar sentido a las apostillas, y es lo que hace el libro que comento.

El *Diario* era el testimonio de un hombre; ahora tenemos al hombre. Sorprendido ante un rinoceronte, como su rival Mor de Fuentes quedaría atónito ante una jirafa; recitador con ribetes histrionescos, como otros literatos de sus días; enamorado de las ciencias naturales, como tantas gentes de su tiempo para quienes sus obras venían a ser *museos* o *gabinetes*, *mercurios* o *espectadores*. Contemplación de la realidad desde la experiencia que da la observación directa. Sí, también, testimonio el *Diario* de un hombre con las sombras de su vanidad, de sus mezquindades o de su lujuria. Doscientos años después todo esto deja de tener valores directamente morales y son indicios para trazar una etopeya y, desde ella, explicar mejor una creación literaria que figura entre las más importantes de nuestro siglo XVIII, si es que no es la más valiosa de todas.

Y este hombre al vivir en un país que podía sernos ejemplar, piensa en lo que nos falta. No todo es bueno allí, ni todo malo aquí. Es la relatividad que se adquiere cuando —como diría Montaigne— frotamos nuestro cerebro contra otros, que tales son las enseñanzas de los viajes. Y, al conocer lo ajeno, no pocas veces tendría que mudar de parecer, porque sólo el cerril se conforma de una vez para siempre. Y esto desde las anécdotas menudas hasta las grandes concepciones: el boxeo le parece «horrible» y no debía ser muy amigo del té por prestigiado que estuviera y acabara en Inglaterra desplazando al café o eliminando al chocolate. En alguna ocasión, puntualmente señalada por Ortiz Armengol, Moratín satiriza el té, pero no debió recordar nuestro autor que poeta de tanto prestigio como don Bernardino de Rebolledo había documentado la palabra en sus *Ocios*, impresos en 1660:

Lo que por cosa trahen muy escogida
 es la *té*, cierta planta que la China
 celebra como el Arbol de la Vida,
 y Authores de Verdad y de Doctrina
 el agua della dan por excelente,
 contra muchos achaques medicina,
 pero es amarga desabridamente,
 y porque la molestia se dilate,
 se ha de tomar a tragos muy caliente.

Y no deja de tener cierta gracia que Moratín cuando publicó *La derrota de los pedantes* (escrita en 1787) elogiara a Rebolledo, y hasta bien tarde le duran gustos que coinciden con los del diplomático. Es curioso que la palabra *té* (sigo informes de Bertil Maler) se recogiera en español casi al mismo tiempo que en holandés (1652), inglés (1650-55), danés (c. 1660) o francés (1664); más tarde en alemán (siglo XVII). En portugués, *chá* consta en 1624, pero ésta es otra historia. Sin embargo, en 1793 los turistas europeos debían llevar «les caffétières et les théières, à bain-Marie, propres à préparer soi-même son café et son thé dans son appartement», pues son «assez généralement connues, et d'une utilité plus marquées pendant les voyages». En estas menudas preferencias —té frente al chocolate— había también un problema grande que, desde la economía, acababa en el nacionalismo, y Moratín resultó ser archiespañol, tanto que, si hemos de creer a algún comentarista, el cáncer de estómago que acabó con sus días se lo produjo el desenfrenado consumo de chocolate. (Casi un cuarto de siglo más tarde escribía a su amigo Melón para contarle su felicidad en Barcelona: «A mí me sirven el chocolate por la mañana, con su pan tostado y agua fresca», 21.X.1820. En otra ocasión añora: «Sin chocolate y sin teatro soy hombre muerto», 18.V.1822). Mucho añoraría en Londres la *Fontana de oro* o la *Fonda de San Sebastián*, reiteradamente visitadas y, a veces, más de una vez al día: allí buscaría la cháchara divertida y el buen café; algo que en ese mismísimo año de 1793 obligaba al testimonio fehaciente y al elogio veraz; la *Guide d'Espagne* de Hans Ottokar Reichard: «les Tertullia; les refresco, espèces d'assemblées de jeu, de conversation ou des goûtés»;

«Madrid est peut-être le lieu de la terre, où l'on prend le meilleur café»).

V

Es una pena que estos recordatorios no tuvieran ulteriores desarrollos. Mucho hubiera ganado con ellos nuestra literatura y no poco el conocimiento humano de Moratín. Desde los trazos, tan ásperos, del *Diario* adivinamos muchas cosas y acertamos a intuir otras: pienso en el desarrollo que la literatura de viajes tuvo con el romanticismo, y en el claroscuro de libros tan apasionantes y divertidos como *Les étrangers à Paris*. No creamos que 1844 estaba tan lejos, pues el espíritu de Moratín tuvo el don de la anticipación y sus dotes irónicas no eran precisamente escasas. Quede como testimonio su burlesca descripción de cuantos adminículos necesita un inglés para preparar dos tazas de té o la descripción de las mujeres inglesas y la desproporción de sus pies. Pero Moratín no escribió el libro que hubiéramos querido, ni apenas nos deja adivinar lo que hubiera podido ser. Nos conformamos con lo que es. Cuando visitó a Townsend acaso sentiría envidia de aquellas tierras del sur de Inglaterra y es posible que, si había leído su *Journey through Spain*, tal vez comparara dos realidades distintas; él, Moratín, con bien poco se arriesgó al conocimiento de Inglaterra, mientras que el clérigo protestante recomendaba ir a España con buena salud, con dos criadas, con cartas de crédito, con recomendaciones para las mejores familias de cada ciudad... Y si esto hubiera entristecido a nuestro escritor, se alegraría de haber leído en la *Guide d'Espagne* de 1793 que «le comte de Florida-Blanca, vient d'établir des bonnes auberges, des chariots de poste, et des chemins superbes, qui surpassent déjà, en quelques endroits, les routes de France». Porque Moratín no perdió la condición dieciochesca de ser un buen educador, que era tanto como pretender la mejora de nuestras gentes para hacer habitable esta hípida piel del toro ibérico.

Por sus días, caravanas de viajeros foramontanos habían venido a España y habían acertado a descubrirnos: Pluër (*Reisen durch Spanien*. Leipzig, 1777), Swinburne (*Travels through*

Spain. Londres, 1779), el caballero Bourgoing (*Nouveau voyage en Espagne*, 3 volúmenes. París, 1789), Townsend (*Journey through Spain*. Londres, 1791), el anónimo *Reise von Wien nach Madrid* (Berlín, 1792), Reichard (*Guide d'Espagne*. París, 1793). Hoy vemos que todo esto preparaba, cien años antes, los más perdurables haliazgos del 98, y nosotros aportábamos unos modestos títulos que abrían también los paisajes de nuestra patria y las puertas de nuestras viejas ciudades: eran los libros premonitores de Espinalt García (*Mapa de las carreteras de postas de España*. Madrid, 1787 y, la *Guía general de postas y travesías de España*, del mismo año), el *Itinerario español o guía de caminos* (Alcalá, 1788) y el monumental *Viaje de España*, de don Antonio Ponz. Un poco antes (1774), don José Viera y Clavijo había escrito algo que vale ya como literatura novísima, el *Viaje a la Mancha, Andalucía, Sevilla y Cádiz*.

Moratín había ocupado su puesto como viajero ilustrado y estas iluminaciones de Ortiz Armengol, tan sabias, tan generosas, tan —permítaseme— dieciochescas, nos han venido a completar lo que eran descarnadas anotaciones. Ha hecho falta dedicar mucho tiempo y ejercitar la hermosa prueba del amor. Nada se ha escatimado y, además, el ambicioso proyecto había contado con tan bien probadas muestras como son la de *Espronceda y los gendarmes* (1969), la de *Aviraneta y diez más* (1970) o la del viaje de Mor de Fuentes a París. Con tantas icógnitas felizmente respondidas, tenemos ahora aclarada una parcela de la biografía de Moratín y la historia de una gran ciudad. Lo que es mucho. Pero vale más contar con el rescate de un hombre de excepción, tantas veces entenebrecido por su propia grandeza.

MANUEL ALVAR